

# Sindicato y Acción Política

\* El presente artículo es sólo una parte del trabajo más amplio publicado por el autor, bajo el título: "La Normalización de la C.G.T.", Revista de CIAS, Abril 1970, N° 191.

por  
**ALBERTO  
JORGE SILEY**

TIRATANDO DE LA FINALIDAD socio-profesional del sindicalismo debemos detenernos a considerar un problema permanente del mismo, agudizado en nuestro país hace ya muchos años. Nos referimos a las relaciones entre lo político y lo sindical. Será necesario tener en cuenta de aquí en adelante lo que ya hemos dicho sobre este problema.

Hemos visto que en la determinación de la finalidad sindical nada pareciera justificar explícitamente una afinidad de objetivos entre sindicalismo y política. Más aún, la legislación en la mayoría de los países prohíbe explícitamente la intromisión de los sindicatos en la política.

Estas prescripciones jurídicas se enfrentan a una realidad sociológica: desde los comienzos del sindicalismo ha habido una interferencia constante entre la acción sindical y la acción política.

Si bien debemos afirmar que esta interferencia fue provocada mucho más frecuentemente por los partidos e ideologías políticas, que por los movimientos sindicales, en un afán electoral comprensible aunque injustificable, de todos modos, el problema que plantean las relaciones entre lo político y lo sindical es extremadamente complejo. No puede solucionarse simplemente tomando posición por uno u otro de los términos de una aparente antinómia en la que se pretende situar este delicado problema. La disyuntiva planteada coloca al sindicalismo o divorciado totalmente de lo político, o identificado con él hasta convertirlo en mero instrumento del partido o del Estado. Ambas soluciones son falsas. La solución, aunque compleja y delicada en la práctica, es otra.

## SINDICATO Y PARTIDO POLITICO

Para iluminar el punto de partida desde donde debe arrancar la solución de este

problema, es menester señalar cuáles son las notas esenciales de estas dos instituciones, a la luz de una mutua contraposición. Para no reflexionar en la esfera de lo abstracto, concretamos lo político, a través de los partidos y movimientos políticos y lo sindical en las organizaciones sindicales.

La idea que crea y anima a un partido o movimiento político expresada en su plataforma de principios —doctrina y acción política— abarca todas las relaciones de la vida de un país: individuo y familia, Estado, sociedades intermedias y campo internacional. Su acción alcanza todos los sectores: economía, cultura, religión. Su finalidad es posibilitar, perfeccionar o transformar todas estas relaciones. Los partidos constituyen una entidad pública, si no jurídicamente, por cierto substancialmente, enraizados profundamente en la nación. Frente a los ciudadanos aparecen como depositarios y ejecutores, actual o potencialmente, del poder político constitucional y simultáneamente inspiradores del mismo.

El sindicato, por su parte, es esencialmente representante de una categoría socio-profesional. Su finalidad expresada y aceptada jurídicamente en sus estatutos y concretada en la dinámica de la acción, abarca principalmente la defensa y promoción de los derechos económicos-sociales de la profesión. Su campo de acción es más reducido que el del partido político. Debemos aclarar aquí, que el sindicato no se desentiende, más aún, no puede desentenderse de los valores culturales, religiosos y aún políticos, cuando éstos están relacionados con los derechos económicos-sociales de los trabajadores. Pero no es su misión defenderlos directamente, salvo situaciones claras, en las que esos valores estuvieran seriamente amenazados o vulnerados. El trabajador también es ciuda-

dano y sus organizaciones, en casos como éstos, también deben velar por el bien común. Vemos, pues, que el partido político nace de una concepción determinada de la sociedad, proyectada sobre la vida de sus miembros. Sus objetivos deben identificarse con el bien común de toda la nación y sus instituciones.

El sindicato, en cambio, representa normalmente de una manera orgánica a un sector de la sociedad, sector especificado por su actividad socio-profesional. Ni por su origen, ni por el alcance legítimo de su acción puede cubrir fuera de las circunstancias extraordinarias señaladas las dimensiones que abarcan al conjunto de las relaciones que tejen la vida de una nación.

Nación, partido político, bien común, trazan el cuadro de lo específicamente político. Profesión, sindicato, derechos e intereses socio-profesionales señalan los límites habituales del sindicalismo. Es cierto que las situaciones extraordinarias pueden convertirse por su duración en ordinarias. La presencia del sindicalismo será válida, mientras dure esa situación, por defecto de las instituciones correspondientes.

Aquí aparece claro cómo no se identifican nación y profesión, partido político y sindicato, bien común y derechos de la profesión. Consecuentemente, la organización sindical nacida de la profesión de sus miembros para proteger sus derechos, se diferencia necesariamente del partido político nacido de toda la ciudadanía para promover el bien común.

La organización sindical, la rama profesional, sus responsabilidades y la independencia de su acción son anillos de una misma cadena. Roto uno de ellos, todos los otros pierden su valor. Comprometida la independencia del sindicato desaparece su responsabilidad; sin responsabilidad es inútil la existencia del sindicato, sin sindicato no habrá reconocimiento, defensa y promoción de los trabajadores.

El proceso de pérdida de independencia del sindicato frente a lo político lo lleva a ser instrumento de un partido, y finalmente del Estado. La libertad sindical frente al Estado no será posible sin independencia frente a los partidos políticos.

En esta contraposición que hemos hecho de la naturaleza diversa y de los distintos objetivos de lo sindical y lo político, ha quedado de manifiesto con suficiente claridad, uno de los términos de la antinomia, anteriormente mencionada. No puede haber identificación entre ambos.

## LO POLITICO Y LO SINDICAL

Será necesario exponer ahora, el otro aspecto: la imposibilidad de un divorcio absoluto entre lo político y lo sindical.

Téngase bien en cuenta que hablamos de lo político, no de partidos políticos. Aún será posible admitir relaciones en uno y otro sentido de lo político, sin que ello suponga caer en la pérdida de la libertad e independencia del movimiento sindical.

Si no nos limitamos a una estéril reflexión en el campo de lo abstracto, debemos admitir que en el dinamismo de una nación, así como no existe lo económico puro, tampoco se da lo político y lo sindical sin una encarnación en el cuerpo vital de la sociedad. Por otra parte, si lo político penetra en el campo de lo económico-social, el sindicalismo que se mueve en ese terreno con derecho propio, no podrá ser indiferente a las repercusiones que la acción política provoca en ese campo. Esto permite concluir que no toda participación del sindicalismo en lo político configura una ilegítima intrusión, que por ser tal le está vedada. Veamos cuáles son las causas que no sólo justifican esta intervención sino que la hacen necesaria.

La acción política de los partidos tiende necesariamente a la conquista del poder político. En las democracias, es un partido político determinado el que gobierna la nación. En su medida, también las minorías políticas, desde la oposición a la colaboración con el partido gobernante, influyen y modifican las relaciones todas del cuerpo social.

El sindicalismo se encuentra, pues, frente a partidos políticos que detentan el poder. En suma, son los responsables de la política general del país y, en particular, de la política económico-social del mismo.

Los objetivos esenciales del sindicato, reconocidos en el cuadro de la defensa y promoción de los derechos e intereses económico-sociales de los trabajadores y de la profesión, se encuentran limitados y, frecuentemente, subordinados a las decisiones de política económica y financiera del gobierno. La creciente intervención de éste en la economía nacional pone en sus manos los factores económicos más esenciales:

- El equilibrio entre la producción y el consumo.
- La justa distribución de la renta nacional entre los ciudadanos, según sus necesidades y méritos. Estos dos factores determinarán, en último término, el monto de los ingresos y el poder adquisitivo de los mismos.
- Los planes económicos orientados a la producción de los bienes más urgentes para la población.
- La explotación racional de todos los recursos productivos y su incidencia en la plena ocupación y en la esta-



bilidad de las categorías profesionales y del trabajo personal.

—La educación profesional y técnica inseparable del progreso social y económico.

La organización sindical debe intervenir eficazmente frente a los hombres e instituciones, aunque sean políticos, en quienes recae la responsabilidad de tales determinaciones. Casi todas éstas se resuelven por vía legislativa. La elaboración de las leyes económico-sociales pone en juego a las diversas fuerzas políticas en el Parlamento. Antes y después de las elecciones parlamentarias los sindicatos tienen conciencia que el resultado de las mismas está íntimamente ligado a los derechos e intereses que permanentemente deben defender. Saben que las decisiones de los políticos y de sus partidos son vitales para ellos.

Todo esto hace imposible la indiferencia o la ausencia del sindicato en el plano de lo político. Deberá realizar una acción política legítima. La legitimidad de la misma quedará establecida, siempre que el sindicato se limite a entrar en el dominio de lo político para defender y promover los derechos de la profesión que representa. El mismo principio, guardado aún con mucha más fidelidad, debe guiar la acción política de los organismos sindicales superiores: federaciones y confederaciones.

La intervención sindical fuera de este específico plano económico-social falseará inevitablemente el juego de las instituciones políticas, volviendo imposible su normal desarrollo. Las consecuencias de este falseamiento, por intromisión indebida de lo sindical, en lo político, crea el ambiente a la dictadura. La equivocada acción política de las organizaciones sindicales puede hacerla inevitable.

Sólo la autenticidad de su acción política, en los límites ya señalados, dará garantías de la legitimidad de sus derechos en este campo. Sólo así, podrá desde el interior mismo de su organización, realizar una labor imprescindible de educación política de sus dirigentes, de sus adherentes y de toda la clase trabajadora, que culmine con una opción electoral clarividente, cada vez que el sufragio ponga en sus manos la posibilidad de elegir hombres y partidos que incluyan en el bien común de la nación la defensa y promoción de los derechos socio-profesionales de los trabajadores.

#### **LA DEMOCRACIA ECONOMICA Y SOCIAL**

Pero hay otro aspecto, en último término, más importante que exige al sindica-

lismo no desvirtuar su acción política. Cada vez más se hace evidente que una democracia política no alcanzará la plenitud de sus virtualidades, y por lo tanto, dejará de ser verdadera democracia, si no integra, como parte de un todo, la democracia económica y social.

El poder del Estado moderno lo lleva a intervenir constantemente y sin la consulta esencial que caracteriza lo político, en el dominio económico. Esta permanente y casi total interferencia de lo político en lo económico es muy peligrosa. Una intervención tal, va paulatinamente borrando los límites que separan al sector público del sector privado. Separación tan necesaria como la que debe existir entre el derecho público y el derecho privado.

Es aquí donde el sindicalismo debe intervenir en nombre de la democracia económica y social, ocupando en este plano su puesto de verdadero representante de los trabajadores, en defensa de sus derechos e intereses socio-profesionales. La delegación de poderes y facultades que los trabajadores hacen en manos del sindicato es a lo económico-social, lo que a lo político es la delegación de los ciudadanos en manos de los partidos de sus derechos cívicos.

Esto exige del sindicalismo que no transfiera al poder político los poderes que le han sido confiados por los trabajadores. Concretamente, que no agudice esa creciente intromisión del Estado en lo económico, fomentando un ambiente psicológico, bastante extendido ya, desgraciadamente, por el cual todo se espera del gobierno, de su poder omnipotente, de sus equilibrios políticos. La organización sindical no tendrá razón de existir si no es capaz de asumir plenamente sus responsabilidades, si no logra ser suficientemente independiente en la conquista de las metas que señalan su finalidad profesional.

Pero todo esto está condicionado, por otra parte a su renuncia sincera e ineludible a politizar la acción sindical. Concretando, nuevamente, no puede utilizar la fuerza que le confiere la organización en instancias políticas que no son de su competencia.

Resumiendo, la finalidad profesional de la organización sindical excluye claramente su participación en la acción política en cuanto tal. Le otorga, sin embargo, el derecho a una acción en el dominio de lo político, cuyo fin es la defensa y promoción de los derechos socio-profesionales de los trabajadores. Participando de aquélla, traiciona su misión. Estando ausente de ésta vuelve a traicionarla. ♦